

EL AÑO DE LA NEGOCIACION

Nixon viene a Europa a fin de mes para «revitalizar» la Alianza Atlántica. En un gobierno tan preocupado con la semántica como es el de Nixon, la utilización del término «revitalizar», cuando el que se emplea habitualmente es el de «reforzar», es digno de ser anotado. «Revitalizar» es dar nueva vida. Reforzar es dar nuevas o más armas. Si la idea que parece desprenderse de los cautelosos y prudentes movimientos del nuevo gobierno de los Estados Unidos es la de iniciar su período político con grandes movimientos de diálogo y negociación, que deberán culminar en una entrevista con los gobernantes de la URSS, parece que la intención de Nixon con respecto a Europa es incluirla en los términos de equilibrio. Puede ocurrir que Nixon no esté lejos de la idea emitida por la UNAUS (United Nations Association of the United States), compuesta por intelectuales, hombres de negocios y antiguos diplomáticos y funcionarios, que recomienda la creación de una llamada Comisión Europea de Seguridad en la que participarían naciones del Este y del Oeste, cuya misión consistiría en preparar un acuerdo general europeo en el que aparecerían unas bases para la reducción de armamentos. Una de las más fascinantes consecuencias de esta Comisión sería que las dos Alemanias se sentarían por primera vez el mismo tiempo en una mesa de conferencias. Esta intención de los Estados Unidos preocupa seriamente a los actuales dirigentes de Alemania Federal, que no han dejado de observar cómo los Estados Unidos han llevado a su aliado de Saigón a conversar con las fuerzas políticas del Frente de Liberación Nacional, aunque hayan sido necesarias todas las argucias carpinteriles para la construcción de una mesa que en geometría podría encerrar una idea de «no reconocimiento». Alemania Federal ha anunciado ya, una vez más, su intención de no firmar el tratado de no-proliferación de bombas nucleares y hace lo posible por mantenerse en una política de fuerza y de división de bloques que parece resultar un poco anacrónica con respecto a las intenciones de Washington. Ha obtenido, sin embargo, un excelente punto: el viaje de Nixon a Berlín. La antigua capital del Reich parece una peregrinación obligada para los nuevos presidentes de los Estados Unidos; Kennedy llegó a proclamarse en ella berlinés, y en alemán («Ich bin ein Berliner!»), en un discurso que se hizo famoso. La tensión interior que recibió entonces Kennedy es muy distinta de la de hoy, y es posible que Nixon tenga sus primeros problemas públicos durante su estancia en Berlín.

La «tournee» de Nixon deberá ser seguida por una reunión, probablemente en Washington, de los gobernantes de países de la OTAN. ¿A qué nivel? Nixon querría recibir en su capital a los jefes de estado o de gobierno. El tema se planteó ya en la última reunión plenaria de la OTAN, en Bruselas, y surgía entonces la dificultad de participación de De Gaulle. Es ahora menos difícil que antes. Hay una cierta

aproximación entre Francia y Estados Unidos. De Gaulle ha visto bien acogida su propuesta de una conferencia de los llamados «Cuatro Grandes» —Estados Unidos, URSS, Gran Bretaña y Francia— para examinar la cuestión de Oriente Medio y además va a recibir la visita de Nixon, lo cual supondría un cerimonioso precedente diplomático para una devolución de visita, protocolo por el que el General es muy cuidadoso. El simple hecho de aceptar la visita de Nixon es importante, si recordamos que Kennedy no fue recibido en París, y mucho menos Johnson, a pesar de todos los esfuerzos que hizo para ello. Hay, por lo tanto, tres grandes citas preparadas ya: el viaje presidencial, la reunión de jefes de gobierno de la OTAN y la reunión de las cuatro potencias para tratar de Oriente Medio.

El siguiente paso sería el contacto con el Este. La creación de la Comisión Europea de Seguridad no es aún más que un proyecto, y un proyecto muy difícil y muy combatido. Antes de ella puede haber una reunión de los «Cuatro Grandes». Por lo menos, esto es lo que van a intentar obtener de Nixon dos de sus interlocutores europeos, Londres y París, a quienes interesa sobremedida esta recuperación del perdido grado de «Grandes». Está bastante claro que Nixon prefiere los «encuentros cara a cara, solos, sin nadie más que un intérprete», como ha dicho en su última conferencia de prensa, mejor que lo que él mismo ha denominado «una epidemia de cumbre».

Todo este juego de negociaciones, viajes, conferencias y reuniones tiende a dar una apariencia de mayor participación europea, de mayor multilateralidad. Es difícil olvidar, sin embargo, que el gran encuentro es el de dirigentes soviéticos y americanos. No podrá realizarse, probablemente, antes de que los Estados Unidos hayan modificado su política de armamentos y sepan realmente qué es lo que quieren en este sentido. Sus declaraciones son confusas. El nuevo secretario de Defensa, Laird, ha explicado que desea para su país «el poder suficiente para disuadir al enemigo». Tropecemos una vez más con la semántica. ¿En qué consiste un poder «suficiente»? ¿Se trata, como declaraba Nixon antes de ser presidente, de una superioridad sobre la URSS? ¿O de un equilibrio? ¿O, simplemente, de la cantidad necesaria de armas para disuadir de ese ataque, sin tener en cuenta de si se tienen más o menos que los supuestos enemigos? El problema de las armas en los Estados Unidos es enormemente delicado, porque se trata no sólo de una cuestión de defensa, sino de un asunto de política y de economía interior. Militarmente, hay, quizá por primera vez en la historia, un «techo» en la producción de armas. Es inútil amontonar un poder capaz de destruir a la URSS, dos, tres o cuatro veces, puesto que sólo existe una Unión Soviética. Es memo presumir de esa superioridad diciendo que la URSS, en cambio, sólo puede destruir a los Estados Unidos una sola vez, porque con esa vez basta. El equilibrio se consigue una vez que las dos potencias sean capaces de destruir la una a la otra. Toda acumula-



Nixon conversa con Henry Kissinger, consejero nacional de Seguridad, y con Williams Rogers, secretario de Estado, en visperas de su viaje a Europa.

En anteriores visitas, el hoy presidente de los Estados Unidos sostuvo ya reuniones de «alto nivel»:

Con la Reina Isabel (Londres, 1958), con Pablo VI (Castelgandolfo, 1966), con Couve de Murville (París, 1967) y Willy Brandt (Bonn, 1967).

ción posterior será un simple asunto de industria y fabricación. De lo que se trata ahora es de conversar con la otra parte para iniciar un camino de retroceso, un camino de desescalada. Nixon procura evitar ahora el empleo del término de superioridad porque haría inútiles unas negociaciones que desea. Pero no puede hurtarlo totalmente, porque inquietaría a los fabricantes de armas.

La otra negociación pendiente, que debe empezar casi al mismo tiempo del viaje de Nixon, es la de Varsovia con los chinos. Se ha arrojado una sombra terrible para esa conferencia: la huida y petición de asilo de Liao Ho-shu, encargado de Negocios de China en Holanda y, según se dice, un hombre que tiene en sus manos la lista de espías chinos en Europa. Ha sido una operación triunfal de la CIA. Al mismo tiempo es un regalo envenenado para Nixon, que ha comenzado ya a recibir los calificativos de «chacal» de la prensa y la radio de Pekín, que explica que entre Nixon y Johnson no hay ninguna diferencia apreciable, y pide que se le devuelva su diplomático, al que dicen raptado. En un momento en que la URSS parece que comienza a hacer preparativos para aproximarse a China, las relaciones entre China y Estados Unidos, que parecían entrar en un terreno al menos nuevo, se entenebrecen por esta operación. ¿Quién la ha dirigido, quién la ha ordenado? ¿Su coincidencia con las conversaciones de Varsovia es puramente fortuita? ¿Posee realmente tantos secretos como se dice el diplomático tráfuga? ¿O se trata solamente de una acción de los elementos «duros» de los Estados Unidos, de una presión del «China lobby» de Washington para intentar el corte de este nuevo florecimiento de las relaciones? Son más incógnitas de las que se pueden despejar en este momento, pero, sin duda, los detalles se irán conociendo. Por otra parte, si China está realmente decidida a entrar en negociaciones con los Estados Unidos sobre la base de los llamados «cinco principios de la coexistencia», y los Estados Unidos desean, como parece, recibir esa propuesta y esos signos de apertura, el caso del encargado de Negocios no podrá ser obstáculo suficiente.

El tono de lo que puede llegar a ser este año de negociaciones y diálogos lo obtendremos probablemente a partir del viaje de Nixon, de los comunicados, de los discursos y de las indiscreciones, voluntarias o involuntarias, que consigan infiltrarse. Los obtendremos también de como se enfoquen los intentos de solución de los dos problemas mayores del mundo, que son el de Oriente Medio y el de Vietnam. En uno y otro caso, la administración americana parece marcar un camino de moderación. La variación más espectacular parece la relativa a Oriente Medio, en cuya crisis Nixon parece menos comprometido que Johnson en la defensa a ultranza de Israel, y busca el contacto con los países árabes. En este caso, también, juegan un papel importante los «lobbies» y los grupos de presión favorables a Israel, interesados en las fuentes de riqueza de Oriente Medio.



HEINEMANN, CANDIDATO DEL S. P. D.

NUEVO PRESIDENTE

La República Federal busca sustituto a Luebke

Otra de las culpas que se cargan sobre las espaldas del recién dimitido presidente parlamentario de Alemania Federal, Eugene Gerstenmaier, es la de haber decidido que las próximas elecciones a la vacante producida por el retiro voluntario del hasta ahora presidente de la República, Heinrich Lübke, se llevarán a cabo en la antigua capital del Reich. Con la desorbitada suma—casi seis millones de pesetas—percibida en concepto de daños ocasionados por el régimen nazi, Gerstenmaier podrá preciar, desde ahora, además de haber saneado su considerable economía (se le atribuye un desmesurado interés por los negocios inmobiliarios), de haber sido el responsable más directo de la nueva crisis interalemana, provocada por la elección de Berlín como sede proclamatoria del nuevo presidente de la República Federal de Alemania.

Como era de prever, la decisión—que ya despertó ciertos recelos por parte de los aliados de Bonn— ha originado que las autoridades de Alemania Oriental hayan decretado un nuevo bloqueo terrestre en los accesos que llevan hasta Berlín. Los miembros del Bundestag que eligirán al sucesor de Lübke deberán, por consiguiente, hacer su viaje en avión. No obstante, el próximo día 5 de marzo se enfrentarán en Berlín los candidatos designados por los dos partidos de la coalición: Schroeder, uno de los principales «duros» de la Democracia Cristiana—partidario ferviente de la política atlántica y actual ministro de Defensa—, y Heinemann, portavoz del Partido Social-Demócrata. Las diferencias de criterio entre los dos oponentes son, respecto a la política que debe seguir el gobierno—y a pesar de que los esquemas trazados por la «grosse koalition» parecen haber borrado las escasas divergencias que antaño existieron entre socialistas y cristiano-demócratas— son, ciertamente, considerables. En efecto, mientras Schroeder

propugna una política de máxima dureza respecto a los países del bloque socialista y, en este sentido, concede gran importancia al rearme de su país, el candidato socialista—ex ministro de Adenauer, cargo del que dimitió para mostrar su disconformidad con los planes armamentistas—, se muestra contrario a la política de «guerra fría» y decidido partidario de una política de paz con la Unión Soviética y sus aliados.

Aunque la capacidad de decisión del cargo en litigio es poco menos que nula, se concede gran importancia al resultado de la votación, resultado que dependerá en todo caso del voto de los liberales. Mientras que la Unión Cristiano-Demócrata reúne un total de 481 representantes—frente a los 451 socialistas—, será al Partido Liberal a quien corresponderá el papel de árbitro en las votaciones; la postura que adopten los 82 delegados liberales será decisiva. Cabe señalar, como detalle significativo, que el N.P.D.—partido de extrema derecha, de clara tendencia neonazi— estará presente en las elecciones presidenciales por primera vez desde su existencia. De resultar elegido Heinemann habría acabado la larga tradición, mantenida desde que acabó la última guerra, en la que a un presidente demócrata-cristiano sucediera otro del mismo partido. Por primera vez, el S. P. D. cuenta con grandes posibilidades de salir airoso. El influyente semanario «Der Spiegel» se manifestaba, recientemente, calificando dicha posibilidad de «histórica»: «Es la mejor ocasión—decía— de unir la autoridad moral a la autoridad del Estado». Aunque la próxima elección de Berlín no revista especial importancia de cara a la actual política germana, el resultado de la misma no debe subestimarse; sobre todo si se tiene en cuenta que dentro de unos meses, en septiembre, los alemanes elegirán nuevo Parlamento. ■ A. J.